

# ILUSTRACION ARTISTICA



AÑO III BARCELONA 15 DICIEMBRE DE 1884 NÚM. 155

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

## SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL BARBERO DE SEIJO, por don Angel del Palacio.—TIPOS CONTEMPORÁNEOS (*conclusion*), por don Fernando Araujo.—EL POROROCA (*conclusion*), por don E. Benot.

GRABADOS.—UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA, cuadro por A. Louftaunau.—INCENDIO DE UN TEATRO, cuadro por R. Ernst. GALANERÍA DE ANTAÑO, cuadro por Carlos Gampenkieder.—ESTADOS UNIDOS: CANDIDATOS DERROTADOS EN LAS ÚLTIMAS ELECCIONES PRESIDENCIALES.—ARQUITECTURA INFANTIL, dibujo por Seymour.—MARCELA SEMBRICH.—M. Y MME. CLODOVEO HUGUES.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: LA NOCHE BUENA, cuadro por E. Zimmann.

## LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La sociedad de escritores y artistas.—D. Lucas Aguirre.—La Exposicion artístico-literaria.—La mesa redonda del ingenio.—Pintura.—Diciembre.—La nieve.—La fiesta de la familia.—Policía de los oídos.

La sociedad de escritores y artistas cuenta algunos años de existencia y ha ido aumentando el número de individuos y la esfera de su accion. No es, ni con mucho, sombra de lo que es en Francia la sociedad de hombres de letras, pero á pesar de eso, dentro de los medios escasos y deficientes que su organizacion le ofrece, ha dado ya dos muestras de actividad vigorosa: el Centenario de Calderon, de inolvidable memoria, y la Exposicion

artístico literaria que lleva ahora al local de las escuelas de Aguirre numerosísima concurrencia.

El nuevo edificio es amplio y bien proporcionado. Débese su edificacion á la caridad del difunto D. Lucas Aguirre, opulento y piadoso ciudadano que ha dejado más de catorce millones de reales á los pobres de Madrid. Instituciones benéficas, limosnas anuales y mensuales, la dote que libra á una doncella desvalida de las aciagas desventuras del abandono, escuelas gratuitas para pobres, sopa á diario para los hambrientos: á todos ha llegado la caridad del Sr. Aguirre. En los hospitales de Madrid sus testamentarios han donado miles de metros de tela que luego se pliega en los dobleces de una sábana ó se deshace en las hilas de un emplastro. Viendo aquella estantería de pino que en el hospital general enseña riquezas cuantiosas en ropa blanca; viendo seis



UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA, cuadro por A. Louftaunau

escuelas á que acuden los hijos de los pobres; viendo las cuentas de los testamentarios de D. Lucas Aguirre que arrojan un total caudaloso; y pensando que todo esto lo ha regalado un hombre á los que padecen las desdichas del no tener, es preciso bendecir la caridad, admirar el corazon humano y sentirse con ménos tristeza en esta tierra de desórdenes y violencias.

La sociedad de escritores y artistas ha tenido la buena idea de inaugurar las Escuelas de Aguirre, situadas cerca del Parque de Madrid, con un certámen artístico y literario. Allí donde la caridad preparó hospedaje á la ciencia, allí se congregan las artes. Allí donde el corazon consumó la obra de dar, las musas celebran la fiesta esplendorosa de crear. Dar es el don del opulento; crear es la virtud del ingenio. Cuando el arte crea algo nuevo, el Olimpo se regocija. Cuando el corazon da algo más,—oro, caridad, amor,—el Paraíso se agita con las alas de sus ángeles y vibra el himno de estrofas inmortales del genio.

La Exposicion celebrada en las Escuelas de Aguirre es notable. La seccion de pintura, si no está enriquecida por grandes cuadros de laborioso desempeño, presenta, como en un álbum, las firmas de los Pradilla, Luna, Plascencia, Sala, Moreno Carbonero, Villegas, Gesa, y los otros maestros de la paleta hispana. Aquí sonríe la luz sevillana en un paisaje de Villegas, allá se ve la magistral manera de Pradilla en una acuarela, impregnada de la calma suprema que constituye el rasgo distintivo de sus creaciones, que parecen pensadas y pintadas en un convento. Junto á un ramito de flores en que las abejas hallarian aroma para sus construcciones de cera y las mariposas matices para sus alas, ramito pintado por Gesa que ha sorprendido á la primavera su arte de hacer rosas y violetas, se ve un grabado en boj de Carretero, cuyo buril tiene en el acerado pico prodigioso prestigio para realizar el arte dislacerando las vetas de la amarilla y dócil madera.

Las demás artes tienen tambien su representacion en las Escuelas de Aguirre. Hay esculturas de escaso mérito, modelos de tipografía, grabado é imprenta.

Lo que más éxito ha tenido es la sala que representa la redaccion de un periódico, con su mesa ovalada donde todos escriben en comun, á la manera como los monjes rezan en comun su oracion por la humanidad pecadora.

Alguien ha llamado á aquella mesa típica de las redacciones la mesa redonda de las musas.

Hay más profundidad de lo que á primera vista aparece en esta frase, y escurriendo un poco en su corteza anti-retórica, vese aparecer el secreto del trabajo periodístico, febril é irregular, fácilmente concebido y prontamente olvidado, y en el cual el mismo artículo que hoy provoca un motin, es leído mañana con desden, entre bostezos de aburrimiento. Esa mesa redonda donde las musas ofrecen bríndis á los labios del ingenio y se dejan enamorar por sus caricias, tiene, como presidente de sus lascivas fiestas, á un viejo de luenga barba, el mismo que descubrió la diabólico-divina idea de reproducir con un menudo útil de hierro el pensamiento humano en cientos de miles de ejemplares. De Gutenberg hablo, del venerable alemán, que dotó á la humanidad de un nuevo sentido: el de la imprenta, que alarga y amplifica la eficacia y potencia de los otros sentidos.

En las paredes de esta sala campean en blancos tarjetones los preclaros nombres de los fundadores del periodismo español: Calvo Asensio.—Gasset y Artime.—Fernandez de los Rios.—Cárlos Rubio.

\* \*

Diciembre, mes de la glotonería, y la cristiandad se prepara á celebrar sus fiestas cristiano-paganas. El pavo se estremece de ira presintiendo su fin trágico y bajo su gorro frigio de rojos festones palpitan discursos de venganza.

Humanidad, humanidad... no puedes festejar las alegrías del espíritu sin dar al estómago parte de ellas... A cada uno de tus entusiasmos sigue muy de cerca una indigestion.

\* \*

Si la nieve cae, el pobre tiritia y el rico se envuelve en las pieles de oso y marta, y arrimado al hogar, sumido en el dulce sopor que producen copiosas libaciones y abundante yantar cuando se digieren entre la tibia atmósfera de una estancia bien templada, parece un sér extraño y pacífico que tiene en sus entrañas un altar al egoísmo. ¡Bien cae fuera la nieve! ¡Bien chisporrotea la leña dentro! Fuera el mendigo, la pulmonía, los sabañones y las molestias... Dentro la comodidad, el boato, el lujo.

Cae, nieve blanca y fria. Arde, leña seca, entre cuyas vetas duermen esas hadas rubias y azules del incendio.

¡Frio y calor! La humanidad es en lo moral juguete de las atracciones y repulsiones del frio del odio y del calor de los afectos.

\* \*

La cena es una institucion, cuando la opulencia la rodea de sus prestigios y el artífice pone en su trono los adornos del lujo.

Ved ese pobre jornalero, cuán rápida y frugalmente despacha su racion de bacalao. Suprime los adornos de la mesa. No hay mantel en ella, no hay vajilla tam-

poco. El tenedor que esgrime es el primitivo de los cinco dedos con que el padre Adan tomó de las manos de Eva la manzana, cuya digestion no ha acabado aun de hacer la humanidad. Puede ser feliz sin copas de plata en que le escancien el vino y hasta el vino puede faltar en su agapa, con tal de que el hambre la sazone.

Pero el hombre, ansioso de placeres, busca incentivo á ellos, en cuanto le rodea. Tiende sobre la mesa rica adamascada mantelería. Forma en fila vasos de cristal clarísimo y á cada uno le da la forma más propia para que mejor envíe á los labios las deleitables sensaciones almacenadas en el fondo de una vieja botella: hé aquí el ancho cáliz del Champagne donde ¡estallan las burbujillas de plata y donde hierve el ácido carbónico: más acá está la copa del modesto Valdepeñas, y en el remate de la fila el dedalillo de cristal donde los filósofos de la Charreusse, que tienen en su alquimia los secretos de Baco y de los ángeles, vierten gota á gota la decantacion del jugo de las plantas.

\* \*

«Noche Buena y sin cenar.»

Este es el título de un viejo sainete representado todos los años en los teatros de Madrid durante las fiestas de Natividad.

Apénas se concibe ese título, que es el colmo de las desventuras.

No cenar cualquier noche del año es una desgracia. No cenar la noche de Noche Buena es una desgracia inmensa.

Si yo fuera poeta escribiría una elegía cuyo asunto habia de ser el cántico desesperado del hambriento en Noche Buena, y creo sinceramente que el nihilismo con sus minas de dinamita que estallan, con sus puñales envenenados, con toda su inagotable estirpe de horrores, surgió del cerebro de un hombre que sin cena, sin capa, y sin leña ante cuya lumbre calentarse, pasó esa clásica noche á la puerta de la casa de un rico, oyendo las carcajadas y los bríndis, la música salvaje pero inocente y alegre de panderetas y rabeles y los villancicos que inspira una digestion feliz.

\* \*

De este contraste duro, feroz, irritante que ofrece la miseria y el lujo, surgen en Noche Buena torrentes de caridad. El hombre más avaro da limosna despues que sale de la cena familiar, para ir á la misa del gallo.

Tal vez os hallais al doblar esa esquina donde las pulmonías hacen su guardia, un niño mísero, casi desnudo, tiritando, las crenchas de pelo empapadas en la húmeda neblina... Acordaos de que, miéntras acaso ese niño se muere de hambre, hay quien se muere de indigestion, y tened en cuenta aquella máxima del héroe de la caridad cristiana:

«El que muere por carecer, tiene en la otra vida la gloria de la abundancia.

»El que aquí carece de monedas de oro, tiene allá arriba el tesoro de las estrellas de Dios, de inagotable brillo y de esplendor perenne.»

\* \*

Despues de la fiesta de la familia se desencadena en aquella noche el escándalo que anda por las calles atrojando las esferas con su música infernal.

La diosa de la armonía sufre y llora, en tal trance, la falta de una ley de policía que prohiba la mala música, como se prohiben los focos de infeccion.

Así como hay en cualquier villa medianamente dotada de servicios municipales, carros que recogen de la vía pública las inmundicias, debia en Noche Buena ir por las calles un furgon donde se recogiese á los que esgrimen almireces y tañen latas de petróleo...

Para llevarles á una isla desierta.

J. ORTEGA MUNILLA

## NUESTROS GRABADOS

### UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA cuadro por A. Louftaunau

Ocorre á veces que durante una calurosa tarde de verano, estando el cielo sin nubes, la atmósfera sin vientos, la naturaleza como en suspenso de sus funciones, presentimos la proximidad de una borrasca. Entónces, á despecho de las apariencias, decimos:

—Estamos amenazados de tempestad.

Pues otro tanto sucede considerando el asunto de este cuadro. Un viejo general, clavado por la gota en un sillón, está completamente abismado por una partida de ajedrez que ha empeñado con su jóven esposa. Esta se preocupa ménos del tablero y de las piezas; sin duda juega maquinalmente; su imaginacion, la loca de la casa, vaga sin duda por espacios muy distintos, tan distintos como lo son la edad, el temperamento y las ilusiones de uno y otro cónyuge. Por esto, al contemplar esta escena tan tranquila, tan inocente, hasta tan simpática considerada en su superficie, hemos de decir á pesar nuestro:

—Más ó ménos pronto, aquí sucederá algo...

Los matrimonios de conveniencia son como los incendios mal extinguidos: un día ú otro se produce el conflicto.

Este cuadro está ejecutado con habilidad suma y ha sido popularizado por cuantos medios de reproduccion tiene á mano el arte moderno. Cuando tal ocurre con un sencillo asunto de familia, prueba que este asunto ha sido tratado de mano maestra.

## INCENDIO DE UN TEATRO cuadro por R. Ernst

Pertenece este lienzo al género que pudiéramos llamar de sensacion, y bajo este concepto es tan acabado como lo son los dramas de Bouchardy en el género literario que se dió en llamar de brocha gorda.

En el interior del coliseo han prendido las llamas: desde este punto ha dado comienzo la catástrofe. Instantáneamente se han confundido en un mismo terror artistas y espectadores: juntos y confundidos en el torbellino del espanto comun, el instinto de conservacion les ha empujado hácia un mismo punto de salida, ó sea la puerta del teatro. Allí se atropellan elegantes damas y rústicos comparsas, el barba y la bailarina, el pollo remilgado que defiende el charol de sus botas y el intrépido bombero sin más objetivo que la extincion del incendio. En la calle, la jóven que corre desolada é ignorante de la suerte que ha cabido á sus padres, la dama que auxilia á su marido asfixiado, los atónitos curiosos que contemplan como si fuera un espectáculo teatral lo que es una realidad harto terrible, completan el efecto de este cuadro, inspirado, sin duda, por uno de esos siniestros á que, con espantosa frecuencia, nos tiene acostumbrados la falta de vigilancia en esa clase de locales.

El cuadro que reproducimos no está falto de vida ni aun de verdad; pero algo falta en él para que cause todo el efecto que el autor debe haberse propuesto. Y es, probablemente, que su verdad se resiente de la verdad fotográfica; el cuerpo sin el alma, la catástrofe sin el sentimiento, el arte sin la inspiracion. Es un cuadro que espanta, pero que no conmueve.

## GALANTERIA DE ANTAÑO; cuadro por Cárlos Gampenkieder

Los más cumplidos galanes de nuestros dias se contentan (oficialmente al ménos) con besar las manos á las damas en forma mental, representada á lo sumo por unas iniciales al pié de una carta, á título de antefirma.

Nuestros progenitores de principios de este siglo, eran sin duda ménos alegóricos en el ramo de cortesía, y cuando besaban la mano de una dama, se la besaban de veras y hasta con estrépito. El uso admitia corrientemente esto que hoy llamaríamos liviandad de parte de las mujeres ó libertad indisculpable de parte de los hombres; lo cual prueba que en materia de formas sociales, allá van leyes... donde permiten costumbres.

Las de nuestros tiempos, á pesar de cuanto se declama contra ellas, no nos parecen las más reprobables. Y no entramos á discutir acerca de trajes femeninos, porque la comparacion habria de ser mucho ménos respetuosa aún para nuestras abuelas. Quien lo dude puede convenirse por este cuadro, cuyos personajes son otros tantos figurines de época.

Como trabajo de arte, la obra del pintor bávaro ha llamado con justicia la atencion en Munich, que es, hoy por hoy, la poblacion de mejor sentido artístico de Europa.

## Los candidatos del partido republicano á la Presidencia y Vicepresidencia de los Estados Unidos

Habiendo publicado en uno de nuestros números anteriores los retratos de los candidatos del partido democrático á la presidencia y vicepresidencia de la gran república norteamericana, justo será que ofrezcamos asimismo los de los candidatos del partido republicano James G. Blaine y John A. Logan, por más que hayan salido derrotados en la reciente lucha electoral. Con respecto á sus antecedentes y méritos, los periódicos se han ocupado tanto de unos y otros, que juzgamos ocioso ocuparnos de ellos.

## ARQUITECTURA INFANTIL, dibujo por Seymour

Bonita y sencilla composicion, cuya descripcion no es necesaria porque harto se echa de ver su asunto. Si el diestro dibujante emplea en estos entretenimientos sus ratos de ocio, el arte debe estarle agradecido.

## MARCELA SEMBRICH

El dia 15 de febrero de 1858 y en una pequeña poblacion de Galitzia, nació una hermosa niña, que por de pronto vino á aumentar los apuros de su padre, inteligente cuanto humilde profesor de violín, más abundante en duelos que en dinero, con un pasado muy negro y un porvenir tan negro como su pasado.

Fuerza era que la niña dejara cuanto ántes de ser una carga para su familia; así fué que, educada musicalmente por su padre, lo mejor que éste supo, á los seis años de edad se presentó ante el público de Lemberg, ejecutando con rara habilidad algunas composiciones para violín y para piano. Estas precoces demostraciones de su talento artístico, habian costado á la pobre Marcelina un rudo aprendizaje: su padre y maestro no podia prescindir del trabajo del día para ganar el pan de la familia, y la tierna niña, para dar leccion, tenia que abandonar el lecho ántes del alba, muerta de sueño, transida de frio, hasta que, excitado su entusiasmo musical, la exaltacion del espíritu sobrepujaba á la debilidad del cuerpo.

Ya revelado el talento de Marcela, recibió lecciones del profesor Stengel, hoy esposo de la artista, quien la aconsejó completara su educacion en Viena; y con efecto, trasladóse á la capital de Austria, donde el célebre Liszt la predijo un porvenir brillante como concertista. Quizás se hubiera realizado el vaticinio del gran maestro, si el desarrollo de la voz de Marcela no la hubiera hecho pen-

sar en la escena, donde tantos y tales triunfos la esperaban.

Preparada por Lamperti, el más justamente renombrado de los profesores de canto en Milan, á los dos años de estudio debutaba, con éxito extraordinario, en el teatro Real de Atenas; y desde entonces el arte divino contó con una nueva y brillantísima estrella.

Dresde, San Petersburgo, Moscou, Milan, Madrid, Londres, Paris, han creado á la eminente cantante una reputacion de primer orden. En Barcelona ha debutado asimismo con gran éxito en el teatro del Liceo con la *Lucia di Lammermoor*, una de sus más favorecidas partituras.

Y como ni la prosperidad ni la desgracia son permanentes, á la estrechez de la infancia ha reemplazado la abundancia del presente. Dícese que Marcela Sembrich ha firmado una contrata para cantar en Madrid y Lisboa, desde enero á abril del año próximo, recibiendo por estos solos cuatro meses 250,000 francos de paga. Es mucha paga, pero... ¡es mucha artista!...

M. y Mme. CLODOVEO HUGUES

El palacio de justicia de Paris fué teatro, el día 27 de noviembre último, de un hecho incalificable é incalificado hasta el presente. Una mujer hermosa y honrada, legítima esposa de Mr. Clodoveo Hugues, diputado por las Bocas del Ródano, descargó cuatro tiros de revolver contra cierto Mr. Morin, un miserable, director de una de esas escandalosas agencias en que, por dinero, se fabrican ó destruyen reputaciones á gusto del que paga. Mme. Hugues habia sido víctima de esas infamias, y la tardanza en la aplicacion de la ley, que habia invocado, completó su natural exasperacion, hasta el punto de que, habiendo tropezado al salir de la audiencia, con su insolente calumniador, le metió con toda intencion cuatro balas en el cuerpo. Mr. Morin ha muerto.

La heroína de esta aventura fué presa inmediatamente. Se ignora el fallo que el tribunal dicte: en cuanto á la opinion pública, ha absuelto en su inmensa mayoría á la vengadora de su honra.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA NOCHE BUENA, cuadro por E. Zimmann

Un asunto tan interesante, al par de bello y poético como es el Nacimiento del Señor, habia de preocupar precisamente á los artistas, y mucho más en aquellos tiempos en que las obras pictóricas estaban tan exclusivamente destinadas á decorar iglesias y conventos ó palacios de príncipes cristianos. Esto explica el gran número de cuadros que representan la sublime cuanto tierna escena de Belen, ejecutados algunos por pintores de primera fuerza y muchos por artistas tan desprovistos de talento como sobrados de osadía; pues de ella necesita gran dosis el que no retrocede ante las inmensas dificultades de una composicion en que lo real y lo ideal entran por iguales partes, en su manifestacion más vulgar y más grande á un tiempo mismo.

El Nacimiento que hoy repartimos es verdaderamente obra bien concebida al par de bien ejecutada y de un sabor clásico que recuerda las mejores composiciones de esta escena por los más grandes maestros. María, la figura principal, es de una belleza mística perfectamente entendida; en su semblante resplandece la felicidad íntima de la madre, sin perjudicar en lo más mínimo al candor de la virgen. Los demás personajes están dibujados con firmeza y los grupos combinados con naturalidad artística y de buen efecto, sin que los unos embaracen á los otros, ni los tipos adolezcan de cierta rusticidad vulgar y monótona, harto comun en los Nacimientos.

La impresion general es grandiosa y participa del efecto que causan los lienzos que pudiéramos llamar de la grande escuela.

EL BARBERO DE SEIJO

Historia que parece novela.

I

Un río que corre entre juncos y espadañas; un ciento de casas, algunas de ellas de tierra; una iglesia de piedra sin labrar; un bosque de castaños y tilos y un elevado monte que sirve como de telon de fondo á esta sencilla decoracion: tal es en conjunto la aldea de Seijo, en la cual se desarrolla la accion de esta verídica historia que más parece cuento.

El río, que es bastante caudaloso, besa hipócritamente los piés de la aldea, pues cuando la nieve que corona la cima del vecino monte se funde á los rayos del sol, hincha su seno y se precipita transformado en asolador torrente sobre las casas que convierte en ruinas y sobre el bosque cuya leña va á enriquecer llevada por la corriente, á pueblos situados á ocho leguas de Seijo.

Las casas de que hemos hablado, se encuentran como egoistas, aisladas unas de las otras, y todas poseen un trozo de huerta y un corral, adosados á su pared del mediodía, defendida la primera de la mala vecindad del segundo por un seto vivo de zarzamoras y el conjunto de los dos por un *cierre* de piedras, que su dueño se encarga de bajar del monte y ordenarlas, y el viento y los chicos de deshacer la obra al día siguiente.

II

Quizás sea yo el primer madrileño que ha visitado el ignorado rincón cuya pintura acabo de hacer á grandes rasgos, y nuevo Colon de esa vieja aldea, me permito recomendarla á los que temen los rigores del verano, por lo que á su físico atañe, y á los que aman la soledad, por lo que atañe á su parte moral. Allí entre los ochenta vecinos de que consta el lugar, encontrarán, los que se atreven á emprender el viaje, frescura, soledad, silencio y jamones ahumados exentos de *trichina*; cosas todas de que rara vez disfrutarán en la corte.

Además, los ligeros de piernas á quienes no arredre la altura del monte, y tengan la cabeza bastante firme para escalarle siguiendo los senderos de cabras en él trazados, gozarán, despues de una hora de camino y al trasponer el vértice, del sorprendente espectáculo que ofrece el Océano rompiendo sus olas sobre los guijarros de una microscópica playa.

Del carácter de los vecinos de Seijo podrán juzgar los que tengan paciencia para seguir hasta el fin esta narracion.

Y por si alguno entrase en ganas de ponerse en camino, llevado de la curiosidad por la descripcion que he hecho de la aldea, me permitiré darle un consejo que no dudo me agradecerá más tarde, y es, que interin resida en ella se deje la barba, á ménos que no posea navaja y habilidad para afeitarse por sí solo.

III

Digo pues, dejando á un lado el cómo y porqué llegué á Seijo, que despues de dos días de viaje y tres de residencia, me sorprendí desagradablemente en el que hacia el quinto, al contemplar mi cara en un pequeño espejo de bolsillo de mi uso particular. Lo que motivó mi desagrado fué el crecimiento irregular de la barba, que daba á mi fisonomía de suyo lánguida, el aspecto de un convaleciente dado de alta en un hospital por un enfermero poco escrupuloso.

Resolví en vista de ello que desapareciera la causa fundamental que producía aquel efecto, y tomé lenguas en averiguacion de quién podría, sin detrimento de mi persona, llevar á la práctica la resolucion por mí adoptada de afeitarme.

Don Bruno, el mejor jugador de bolos del pueblo, y además cura del mismo y mi contertulio, fué quien me sacó del atasco recomendándome como idóneo para el caso al tío Anton, que además de su especialidad como rapista, reunia los oficios de veterinario, herrador y cirujano. En vano alegué que un hombre acostumbrado á herrar bueyes no se distinguiria por la suavidad de su mano; cerróme el cura la boca asegurándome ser tan delicado de cutis como yo, y añadiendo que cuando él ponía su cara y hasta su cabeza en contacto con las navajas de Anton, bien podía yo sin el menor cuidado entregar los cuatro pelos mal sembrados, de que constaba mi barba, al filo de su herramienta, que en dos minutos daría cuenta de ellos.

Si yo hubiera sabido, como posteriormente lo supe, lo duro que era el cráneo del señor cura y lo curtida que estaba su fisonomía, no hubiera accedido á su recomendacion, y por consiguiente no podría ahora contar esta historia, justa compensacion de mis sufrimientos; pero yo ignorante del peligro y confiado en la palabra del clérigo acudí á casa de Anton.

IV

Recuerdo que era lúnes cuando me decidí, y por esta razon no encontré en el domicilio del barbero más parroquiano que un manso buey, que colgado de cuatro estacas, se dejaba herrar dócilmente por la propia mano del maestro.

No dejé de humillarme tener que esperar vez, tratándose de aquel rumiante, pero disimulé mi impresion y me dediqué á estudiar la persona en cuyas manos me iba á poner.

El tío Anton era hombre que podría tener de sesenta á sesenta y cuatro años, si no mentía su pelo completamente gris, que como enmarañada selva cubria su cabeza con tendencias á apoderarse de la frente. Su cara de un moreno cetrino estaba completamente afeitada, y no ostentaba, excepcion hecha de sus pobladas cejas, un pelo en toda ella; cosa de que no podian vanagloriarse los brazos, que dejaba ver la camisa remangada por encima del codo. Era alto y fornido, y todo él más en armonía con el oficio en que le hallaba ocupado, que con el de barbero. Parecía por lo demás hombre campechano y decidor, y sus ojillos pardos y penetrantes revelaban una sagacidad poco comun áun entre hombres no nacidos y criados en Seijo. Hallábase en mangas de camisa, y el resto de su traje se componia de unos zapatos blancos de gruesa suela, y de unos pantalones de algodón á rayas azules y negras. Las medias no se le veian, pero se podría asegurar que no las llevaba.

Esperé, fumando un cigarro, que terminara su tarea, y por fin, herrado el buey y descolgado del *potro*, me dirigí al barbero y entablamos este diálogo:

—Dios guarde á V., tío Anton.

—Y á V. tambien, caballero.

—Necesito de los servicios de su profesion, y el señor cura me ha indicado que V. puede complacerme.

—Tendré mucho gusto en ello, pero como tengo varios oficios, dígame V. de cuál de ellos necesita. ¿Del de herrador no será?...

\* —¡Hombre, naturalmente!

—Dispense V., pero podia tener algun caballo desherrado....

—No tengo caballo, por tanto no es al herrador á quien vengo á buscar, sino al barbero.

—¡Ah! entonces es poca cosa; éntre V. en casa, porque aunque generalmente afeitó acá fuera, á V., como no está hecho á ello, le incomodarian los rayos del sol.

—Dice V. bien.

V

Hago al tío Anton la justicia de creer que me introdujo en la mejor pieza de la casa; y era la tal una salita bastante grande, cuidadosamente blanqueada y alumbrada por dos rasgadas ventanas, que dejaban penetrar los rayos del sol, de que me queria librar el barbero. Los cristales libres de cortinillas, permitian admirar las coles y las habas del huerto. El mueblaje se componia de una antiquísima cómoda, sobre la que colgaba un espejo con marco de madera; seis sillas oriundas de Vitoria; un cuadro con un Ecce-homo, y una bacía de laton colgada del mismo clavo que el cuadro. La union de estas dos últimas cosas, parecia un símbolo.

—Vaya V. tomando asiento, miétras voy por un poco de agua caliente.

Obedecí la orden del tío Anton y me senté.

Á los dos minutos volvió á aparecer con una taza blanca y una navaja con cabos negros.

—Póngase V. aquí, y estará con comodidad.

Comodidad era la palabra que cuadraba con la posicion que me hizo adoptar, pues colocó mi silla de espaldas á la cómo 'a, haciéndome reclinar la cabeza contra esta.

En seguida sacó del primer cajon de este mueble una pastilla de jabon casi nueva, y una toalla casi limpia, y ciéndome esta alrededor del cuello empezó á bañarme el rostro.

Acometióme un terror súbito, y le dije:

—¡No me descañone V.!

—Mejor será, porque tiene V. muy delicado el pellejo, y por más que esta navaja no ha servido más que una vez, y tiene buen corte, siempre le lastimaria algo al querer *apurarle*.

—¿No usa V. nuez para afeitar?

—¡Quiá! no señor, aquí no se dan bien las nueces, de modo que en su lugar uso una castaña, de que aquí hay abundancia, y que una vez metida en la boca hace el mismo efecto. Pero para V. no hace falta ninguna.

¡Bendije interiormente á la Providencia, que dándome la rubicundez que poseo, me habia librado del uso de la castaña!

Dió principio el martirio ¡y qué martirio!... En vano me revolvia en la silla; el tío Anton con una flema digna de mejor causa, no se interrumpia sino para pasar la hoja de la navaja por la palma de su callosa mano, con lo cual en vez de suavizarla la ponía más áspera de lo que estaba.

Faltábame un carrillo por desollar, cuando un repelon más pronunciado que los demás me hizo soltar un voto, y tras el voto estas palabras:

—¿Con que esta es la navaja que tiene V. reservada para los forasteros? ¡Pues podia V. haberla dejado en su sitio y haberme afeitado con cualquiera otra, que de fijo no seria tan mala como esta!

—¡Hombre, qué delicado y qué desagradecido es V.!

¡Fues es preciso que sepa, que esta navaja no sólo es excelente, por lo cual le hago un favor al afeitarte con ella, sino que es al mismo tiempo una reliquia; por más que, como ya le he dicho, ha servido una sola vez!

—¡Vamos! la estrenaria V. en alguno de su familia, que luego murió, y en recuerdo la conserva V. como oro en paño!

—¡Quiá, no señor!

—¿Rasuró V. con ella al Obispo?

—Nada de eso. La única vez que la he usado, hasta ahora, fué para afeitar á un muerto.

Mis nervios puestos hacia rato en tortura, experimentaron al oír estas palabras, un choque tan violento, que pegué un bote sobre la silla, como si me hubiesen aplicado á las orejas una botella de Leyden. Al propio tiempo la mano del tío Anton, que miétras hablaba proseguia su obra, me tropezó violentamente y me hizo un chirlo por el que empecé á sangrar en abundancia.

—¡No es nada, no es nada! Apriétese V. con la toalla miétras voy por cualquier cosa para ponerle en la *mata-cuá*.

Pocos minutos tardó en volver, pero puedo asegurar que los aproveché bien, renegando de él, y del cura, causa primordial de hallarme en tal estado.

Regresó mi hombre, que por cierto no habia perdido nada de su serenidad, trayendo arrollada al dedo una enorme telaraña, que con la delicadeza posible me colocó sobre la herida, y acto seguido se disculpó de su atropello diciéndome:

—¡No sé cómo no le he degollado á V.!

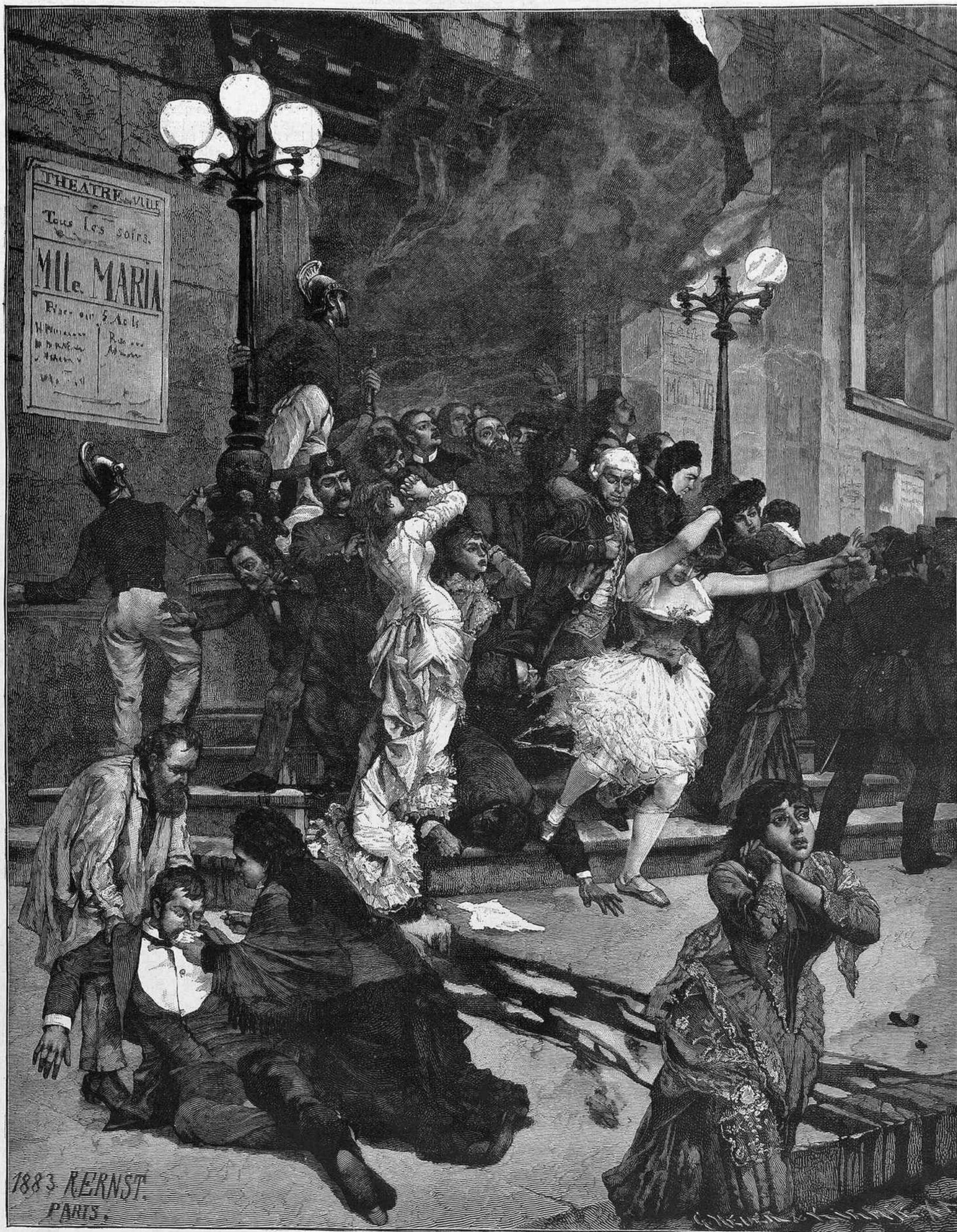
Ni que tuviera usted azogue en el cuerpo!...

—Pero ¿le parece á V. cosa de poco más ó ménos, decirle á uno que la navaja con que le afeitan ha *debutado* en la cara de un muerto, sabe Dios de qué enfermedad?

—Si V. no fuese tan vivo, yo le hubiera tranquilizado, poniéndole de manifiesto el cómo y porqué de mi dicho, pero como no me ha dejado V. acabar mi relacion!...

—¡Pues, hombre, acábelo V.!

—Entonces eche V. un cigarro, y miétras se cicatriza la herida le referiré la historia para que no tenga ninguna aprension.



INCENDIO DE UN TEATRO, cuadro por R. Ernst





LA NOCHE BUENA, CUADRO POR E. ZIMMERMANN

17 2006



GALANTERÍA DE ANTAÑO, cuadro por Carlos Gampenkieder

—Pero, ¿y lo que falta por afeitar?  
—Es verdad; quiere decir que hablaré y rasuraré al mismo tiempo, pero no dé saltos, si no quiere salir señalado en el otro carrillo.  
—Empiece V., que estaré como el muerto de que va V. á hablar.

## VI

«Dos años hará el mes que viene, que vivía en la casa grande que está á la entrada de la plaza, Rita Colombres, la moza más guapa de Seijo y de diez leguas á la redonda, según el decir de los que han viajado por esos mundos. En frente de la casa de Rita hay otra casa que también V. habrá visto...»

—No recuerdo.  
—Pues bien, en ella vivía por la misma fecha, Hermenegildo, ó Gildo, como mejor se le conocía, con su madre la tía Nemesia que tenía ochenta años, y á la que mantenía aquel á fuerza de trabajo.

Aconteció que Gildo, con otros, fué á segar la yerba del prado de Rita, porque es menester advertir que su padre es uno de los más ricos de la aldea, y lo mismo fué ver á la muchacha, se enamoró como un bobo, y como un bobo fué todos los días al retirarse á su casa á rondar la de Rita, con la esperanza de volverla á ver á un cuando fuera de léjos.

Si Rita era la mejor moza de la aldea, Gildo era el mejor mozo, y por este lado nada se tenían que echar en cara; pero como por el lado del interés no había ni punto de comparación, el pobre Gildo no se atrevía á decir á Rita su sentir, y empezó á no comer, y á adelgazar, y ¡pá-mese V.! dejó hasta de afeitarse!

La tía Nemesia, que conoció el pié de que su hijo renqueaba, quiso sacarle de penas, ó por lo ménos desengañarle, para de este modo traerle otra vez á buen camino, y fué á hablar al padre de Rita.

Recibióla este muy atento, pues es un pedazo de pan el pobre, y cuando le manifestó lo que á su casa le llevaba, contestó que sabía bien lo que Gildo valía, y que como en Seijo no había mucho en que escoger, y dos brazos hechos al trabajo valen cualquier dinero, no tenía dificultad por su parte en que la boda se hiciera, siempre que su hija fuese gustosa en ello.

Inútil es decir que la tía Nemesia volvió á su casa saltando, como cuando tenía quince años, y más alegre que un pandero. Más se alegró Gildo cuando lo supo, pues se creyó subido de golpe al cielo de su deseo; y desde aquel día empezó á reponerse y á rondar á su novia, no sin haber venido ántes por acá á afeitarse y á contarme lo sucedido, como amigo en quien podía confiar su pena y su alegría.»

—¿Le duele á V. la matadura?  
—Poco. Siga V. su historia.

## VII

«No podía estar oculta para Rita la intención de Gildo, pues los paseos, miradas y demás zarandajas que usan los enamorados, bien claramente se lo hubieran dado á entender, pero como á todo ello no prestase ninguna atención, ni se diera por entendida, Gildo, aconsejado por todos sus amigos y por mí especialmente, se dejó de circunloquios é indirectas, y un domingo que pudo hablarla á solas, le dijo su sentir, y cómo su padre no había puesto objeción al matrimonio. La contestación de la muchacha fué de esas que no dejan ni duda ni esperanza, y como no se mordía la lengua para hablar, y lo que habló lo acompañaba de una risita irónica, quedóse el pobre Gildo hecho un terrón de nieve, y se le atravesó un nudo en la garganta que no le dejó ni quejarse de su desgracia. Noté, sin embargo, que pasado el atasco, palideció y rechinó los dientes; luego se metió las manos en el bolsillo del pantalón, y con la cabeza baja tomó el camino de la orilla del río, donde á las dos horas le encontró su madre sentado sobre una piedra, y entretenido como un chico en echar puñados de arena á la corriente.

Desde aquel día no levantó Gildo cabeza; su rostro se fué poniendo amarillo, y llamado yo por su desconsolada madre, reconocí y declaré que padecía un principio de ictericia, complicado con un mal de corazón que no tardaría en manifestarse por accidentes, y le receté á falta del verdadero remedio, que siguiese yendo á la orilla del río, y mirase correr el agua; medicina que á otros había curado de raíz. Entre tanto el padre de Rita, sin duda para mitigar el daño causado por su hija, socorrió á la tía Nemesia, que gracias á él no carecía de nada para Gildo. Á todo esto, las malas lenguas del lugar, que por más que el cura predica no son pocas, no dejaban á Rita hueso sano, siendo las mujeres las más encarnizadas contra ella; llegaban hasta afirmar que el motivo de su desprecio para el mozo, era el haber conocido en un viaje que hizo con su padre, á cierto teniente de carabineros, á quien esperaba por la aldea, como al agua de mayo, pero el cual nunca acababa de llegar.

Lo que llegó á mi casa al poco tiempo, fué un recado de la tía Nemesia, mandándome ir en seguida á ver á Gildo que estaba muriéndose á chorros. ¡Un accidente más fuerte sin duda que los anteriores, había concluido cuando yo llegué, con el amor y con la vida del pobre chico!

Colocamos el cadáver sobre la cama, y me esforcé en consolar á la vieja, que no estaba mucho más viva.

## VIII

»Al siguiente día, y con el fin de disponer lo necesario para el entierro, me dirigí de nuevo á su casa. La tía Nemesia continuaba á la cabecera de su hijo, rezando é in-

terumpiéndose á menudo para lanzar unos ayes, capaces de ablandar las piedras.

—¡Ay, tío Anton! ¿qué va á ser de mí? me dijo cuando se apercibió de mi presencia.

—¡Vamos, consuélase V.! ¡qué diantre! ¿No estamos aquí todos los que éramos amigos del difunto, para socorrer á V.?

ANGEL DEL PALACIO

(Continuará)

## TIPOS CONTEMPORÁNEOS

(Conclusion)

## IV

Pepe se trasladó inmediatamente á la ciudad en que le hemos conocido. Durante todo el trayecto maduró su proyecto y se propuso ejecutarlo al pié de la letra.—La suerte está echada—se decía.—¿Me saldrá con la mia? Creo que sí; hasta ahora no tengo motivo de queja. Llevo en el bolsillo dos cartas que me han de servir de mucho. ¡Fué buen pensamiento! Yo no conocía al conde de Pereña; pero decía mi tío que *audaces fortuna juvat*: si me hubiera andado con escrúpulos, me hubiera quedado sin las cartas. ¡Son buenas, buenas recomendaciones! Una para el marqués de Vallecas y otra para el senador D. Atanasio Fuensangil. ¿Para qué necesito más? Me presentaré en seguida á ellos y procuraré ganar su amistad; me reuniré con ellos en el paseo y la gente formará de mí excelente concepto. ¡Es buen golpe, bueno, bueno! Lo demás es cosa corriente; la cuestión es hacer un buen matrimonio, y poca fortuna he de tener para no conseguirlo. Las colocaciones no abundan, y yo, después de todo, estoy llamado á ser un buen partido. ¡Quién sabe! ¡No conviene con todo forjarse ilusiones!... ¡Oh! ¡Si yo llegara á ser diputado! ¡Y ya lo creo que lo seré! ¿Por qué no lo he de ser? ¡Pues qué! ¿No van al Congreso muchísimos que valen ménos que yo? ¿Qué se necesita para ser diputado? ¡Agarrarse á buenas alabas, y saber buscar el sol que más caliente!... Yo tengo buen olfato. ¿A mí qué me importa la política? ¡Absolutamente nada! Que mande Juan ni que mande Pedro con tal de que á mí me den un buen destino, bueno va todo... Lo que es diputado... vaya si seré diputado... y sin tardar mucho Y una vez diputado ¿quién me impide el llegar á una dirección? Serán ilusiones mías, pero yo no lo veo tan difícil, y cosas más grandes se ven todos los días. ¡Qué demonio! Yo no soy ningún pelagatos para no poder aspirar á todo. ¡Sí señor! ¡A todo! Vaya... director... director... de comunicaciones por ejemplo, ¿eh?... ¡Ya lo creo! De manera que por muy satisfecha y resatisfecha puede darse la niña á quien yo pretenda, por rica y bonita que sea. ¡Un futuro director! ¡Acaso un ministro!... ¡Sí, señor, ministro! ¿Por qué no lo había de ser? El que llega á una dirección bien puede llegar á una cartera. Todo es cuestión de hacerse con amigos en el Congreso y de saber aprovechar las ocasiones; á lo primero no me gana nadie, pues es precisamente mi fuerte, y en cuanto á lo segundo... ¡qué diablo! no faltará una oportunidad y yo entiendo bien la aguja de marear. ¡Oh! la buena de Pascuala! ¿Quién la había de decir, cuando se dignó proteger el escribientillo Pepe, que aquel pobretón había de llegar á ministro? ¡Qué vueltas da el mundo! ¡Y ella que estaba tan creída de que yo la adoraba! ¡No faltaba más! Hermosa sí es, no puede negarse; pero está demasiado madura y... ¡no faltará quien cargue con ella! Pero no seré yo; yo necesito una mujer del gran mundo, elegante y rica, y si pudiera ser, jóven y guapa; pero esto no me importa tanto. Creo que mi pretensión es justa; yo llevo al matrimonio mis esperanzas de un porvenir brillante y es necesario que ella lleve la realidad de una gran riqueza para que aquellas esperanzas se conviertan más pronto en realidad. Creo que áun así y todo saldrá ganando ella, porque no se encuentran hoy partidos como el mio con tanta facilidad, y ¡qué diablo! si ella lleva, supongamos... treinta mil duros... ¡treinta mil duros es poco! pongamos cincuenta; si ella lleva cincuenta mil duros... ¡un millón!... no se me hace mucho todavía... pero pongamos el millón. Si ella lleva un millón al matrimonio ¡buen millón llevo yo! Yo llevo más, sí señor, llevo más... la cuenta es fácil de echar. Ese millón lo más que puede producir, no metiéndolo en aventuras peligrosas que podían salirnos caras, son cincuenta mil reales. Pues ¡buenos cincuenta mil reales llevo yo! Treinta mil reales de la cesantía de ministro, con otros tantos de mi plaza de consejero... porque seré consejero del ferro-carril del Norte, ya son sesenta mil. ¿Y lo que puedo sacar fuera de esto? ¿Y lo que me quede del sueldo de ministro? ¿Y lo que me valgan otros negocios? ¿Y los regalos? ¿Y las manos sucias? No lo había yo pensado bien; no seré tan bobo que me deje pescar por cincuenta mil duros de dote. Por ménos de cien mil, ni quiero ni debo sacrificarme, y me parece que no son excesivas mis pretensiones. ¡Qué deseos tengo ya de llegar á esa ciudad y reconocer el terreno!

## V

Pocos días después entraba en la deseada población. Al día siguiente visitó al marqués de Vallecas de parte de su deudo el conde de Pereña, á quien supuso trataba amistosamente, haciendo otro tanto con D. Atanasio de Fuensangil, senador del reino. El segundo día salió con ellos de paseo y á la vuelta fué presentado en el casino y acogido con benevolencia. El tercer día tomó posesión de su destino dándose su jefe por muy honrado con tener á sus órdenes tan cumplido y elegante subordinado á quien

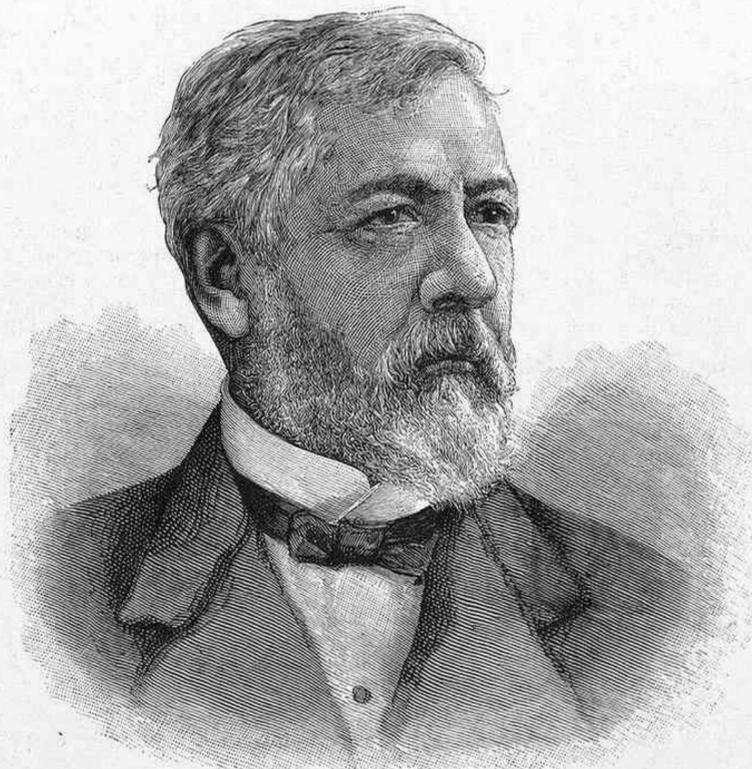
la tarde anterior había visto bromear en el casino con el marqués de Vallecas y con el senador Fuensangil. A los quince días toda la aristocracia conocía á D. José Fernandez Prieto á quien todos llamaban Pepe, honrándose con su amistad. El sistema á que Pepe había acudido para conseguir este resultado era sencillísimo por demás, aunque sólo al alcance de caracteres como el de Pepe. Procuraba exhibirse en todas partes; estaba al corriente de todas las intrigas y trataba á todos como camaradas; no se daba por sentido de ninguna repulsa; procuraba seguir el genio de cada uno; hablaba á cada cual de lo que más le agradaba; sabía retirarse á tiempo y tenía otra porción de habilidades. Con todos se detenía, pero muy poco con cada uno; él trasmitía todas las noticias del día á todos, y recogía el comentario de cada cual; de esta suerte todos hablaban de Pepe y por Pepe lo sabían todo. ¡Era Pepe un gran hombre para aquellas campañas! ¡Ninguno como él! ¡Qué maña se daba para trabar amistades! ¡Qué tino el suyo para ensanchar el círculo de sus relaciones! El casino, las oficinas, las reuniones, el paseo, la calle, todos los lugares eran buenos para sus fines. En el casino buscaba siempre las horas de grande y escogida concurrencia para hacer su entrada, y saludaba ruidosamente á todo el mundo haciendo especial gala de tratar de igual á igual con los más encopetados; en las oficinas se llenaba la boca con el relato de sus visitas, del secreto que le había confiado el marqués, del baile dado por la vizcondesa, de la broma que daba al condesito con la generala, del empeño que tenía el banquero Rodriguez en que honrase su mesa, del negocio que le había propuesto el mayorazgo D. Polonio; en las reuniones, ó como si dijéramos *soirées*, coqueteaba con las jóvenes, bailaba la rosca á las mamás y no se le caían de la boca los nombres de los que no habían podido asistir, para hacerse interesante á los ojos de los que asistían; era de rigor que diera el brazo á las que alternaban en la banqueta del piano, y que volviere las hojas del papel pautado cuando la pianista le avisaba con los ojos. En el paseo se dignaba de presentarse con sus compañeros de oficina, y como una conversacion sostenida hubiese puesto de relieve su falta de instrucción, procuraba evitar este tropiezo no paseando con nadie en particular y haciéndolo un poco con todos; se reunía con el primer personaje que atisbaba, le daba la noticia del día, recogía sus apreciaciones, y en cuanto se cruzaba con otro dejaba al primero pidiendo permiso para dirigirse al segundo; con éste ejecutaba la misma operación, y así sucesivamente; de este modo no sólo no ponía al descubierto la superficialidad de su trato, sino que lisonjeaba á todos, apareciendo á sus ojos como un sér altamente simpático y servicial, franco, listo é inteligente. En la calle, por fin, repetía, con algunas variantes, el manejo del paseo; iba siempre de prisa, como hombre á quien el tiempo hace falta, y se detenía breves momentos con cuantos conocidos, especialmente si eran de campanillas, encontraba al paso, haciendo valer los minutos que les dedicaba; él repartía los billetes de las funciones aristocrático-benéficas, él avisaba para los bailes de confianza, él andaba siempre de aquí para allá sin perder ocasión de hacerse visible.

## VI

Los manejos de Pepe dieron el resultado previsto: preparado convenientemente el terreno, presentóse como candidato oficial á la Diputación provincial en las primeras elecciones, logrando triunfo completo. Ya por entonces había puesto los ojos en Paquita, la hija de D. Pedro Lersundi, jóven elegantísima, aunque poco bella, que pasaba por uno de los mejores partidos de la ciudad, y á la que ninguna otra igualaba en lujo y elegancia; Pepe se decidió á hacerla la corte en toda regla y tuvo el placer de verse correspondido, si bien después de algunos remilgos de Paquita. Vacante el distrito de la capital por defunción del diputado á Cortes D. Hermógenes Troncoso, Pepe resolvió dar aquel paso decisivo en su carrera y precipitó su boda con Paquita para poder contar incondicionalmente con la influencia de su suegro y con sus talegas. La boda se hizo y Pepe echó á volar su candidatura, no ya oficial, sino de oposición, pues todo hacía presumir que el ministerio iba á caer y á ser reemplazado por la fracción á que el previsor Pepe acababa de afiliarse; las cuentas estaban bien echadas; pero Pepe no contaba con la huésped; y la huésped era terrible. Antonio Carbajal, cansado ya de ver á su ciudad natal sometida á semejante hombre, é indignado de su audacia presentó su candidatura en frente de la de Pepe. La lucha era casi imposible; Pepe, no obstante, mantuvo su candidatura esperando la pronta caída del gobierno; pero una votación parlamentaria vino á darle una nueva consistencia y el fracaso de Pepe fué terrible... ¡sólo sacó treinta y dos votos!

Y no fué esto lo peor; por entonces precisamente llegó de Palencia el conde de Pereña, cuyas cartas de recomendación fueron el origen del rápido encumbramiento de Pepe, y por él se supo que entre Pepe y él no existía relación alguna, habiéndole facilitado aquellas cartas sin conocerle y movido por sus apremiantes súplicas; el marqués de Vallecas y el senador Fuensangil, ya indispuestos con Pepe por causa de las elecciones, le retiraron en absoluto su amistad, siguiéndoles en esto todos los socios del casino. Ni el mal para Pepe se redujo á esto: la elegante Paquita era de un genio arisco y dominante y apenas se enteró de aquellas novedades, cobró á su marido un odio mortal, armándole una camorra cada día, sobre todo desde que pudo convencerse de que todo en Pepe era apariencia y de que ningún gusto podía proporcionarla por

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.—Candidatos derrotados en las últimas elecciones presidenciales



James G. Blaine



John A. Logan

no tener ni un cuarto; Pepe á su vez se tiraba de los pelos al verse burlado por su esposa, cuyas cacareadas riquezas corrian parejas con las suyas. ¡Adios sueños dorados, ilusiones fastuosas, brillante porvenir! Pepe tuvo que conformarse con un destino de 8,000 reales que el mismo Carbajal, compadecido de su poco halagüena situacion, le proporcionó generosamente, y abatido y desalentado, fué á purgar en lejana ciudad su ambicion, llevando á su lado con Paquita el infierno entero. ¡Pobre Pepe! No á todos, sin embargo, les salen tan mal las cuentas, y hay Pepes con fortuna.

FERNANDO ARAUJO.

Salamanca

EL POROROCA

(Conclusion)

VI

Esta clase de ondas era la única estudiada hasta que *Scott Russell* empezó en 1834 sus trabajos; de los cuales resultó que, además de las ondas oscilatorias en que las partículas oscilan pero no viajan, existe en los líquidos otra clase importantísima: onda *sui generis*, diferente en su origen, sus fenómenos y sus leyes, de las ondas vibratorias y oscilantes, únicamente estudiadas hasta 1834.

VII

Supongamos un canal horizontal, de seccion rectangular, y lleno de agua en reposo.

Si inyectamos repentinamente en él una cierta masa de agua, veremos inmediatamente producirse un fenómeno singular.

Una onda, en alto relieve, sobresaliente, una verdadera protuberancia, una gibosidad simétrica, de una perfecta regularidad, y enteramente lisa, camina con rapidez sorprendente sobre el agua tranquila del canal, sin dejar tras sí cavidades ni señal alguna de su tránsito, sin fenómeno ninguno por delante que anuncie la proximidad de su llegada, y sin alteracion ninguna en su forma, aun despues de recorrer grandes espacios. En vano aguarda el observador que la gibosidad des-

cienda al nivel del líquido, para convertirse luego en cavidad, como sucede con las undulaciones que estamos acostumbrados á contemplar en las aguas remansadas cuando un grave al caer turba su equilibrio.

Protuberancia, gibosidad, ó alto relieve al principio, protuberancia, gibosidad, ó alto relieve continúa siendo despues, y protuberancia ó gibosidad permanece todavia al cabo de mucho tiempo; siempre con admirable simetria en sus contornos, siempre adelantando con velocidad uniforme en el supuesto canal de fondo horizontal, y siempre con tan tenaz autonomia y aptitud á recorrer, sin cambio ni alteracion, grandísimas distancias, que *Scott Russell* hubo de calificar de extraña y singular LONGEVIDAD esa persistencia á caminar sin cambio ni modificacion.

«No puedo dar mejor idea del fenómeno—dice el mismo *Scott Russell*—que describiendo las circunstancias en que se me apareció la primera vez. Yo estaba contemplando el movimiento de una barca por un canal estrecho de la que dos caballos tiraban rápidamente. De pronto, habiéndose parado el barco, no sucedió lo mismo con la masa de agua que él llevaba puesta en movimiento, ántes bien esta se acumuló hácia la proa en violenta agitacion; pero, en seguida, dejando de golpe á la barca tras de sí, se lanzó á caminar hácia adelante con gran celeridad, adoptando la forma de una sola y única gibosidad redondeada, lisa y de contorno perfectamente determinado. La onda continuó su marcha por el canal sin que su forma ni su velocidad pareciesen experimentar cambio ninguno. Yo la perseguí á caballo, y la encontré avanzando siempre con una velocidad de 8 á 9 millas por hora, y conservando todavia su figura inicial—(como unos 30 piés de base y 1 1/2 de altura). La altura de la onda empezó luégo á dis-

minuir; y, despues de haberla seguido todavia 1 ó 2 millas, se me perdió en las sinuosidades y recodos del canal.»

Lo esencial y distintivo de esta onda es, por tanto, su carácter de protuberancia móvil; su existencia enteramente en relieve, sola, y sin acompañamiento de otras ondas oscilatorias, y su gran longevidad y aptitud para propagarse sobre la superficie del agua remansada. *Scott Russell* por esto le dió la significativa denominacion de *Onda Solitaria*, con lo cual hubo de distinguirla genéricamente de las *gregarias* ú ondas de oscilacion, en que, á una elevacion del líquido sigue siempre una depression próximamente igual, de tal manera que el agua oscila de abajo para arriba y de arriba para abajo á iguales distancias próximamente de su nivel primitivo de reposo.

VIII

Supongamos ahora que el canal donde se halla remansada el agua, sea tambien rectangular, pero de fondo no ya horizontal sino suavemente inclinado.

Si inyectamos, como ántes, una cierta masa de agua por la parte de más fondo, se formará tambien la gibosidad *solitaria*; pero, á medida que avanza hácia el extremo de menor profundidad, irá experimentando notables modificaciones.

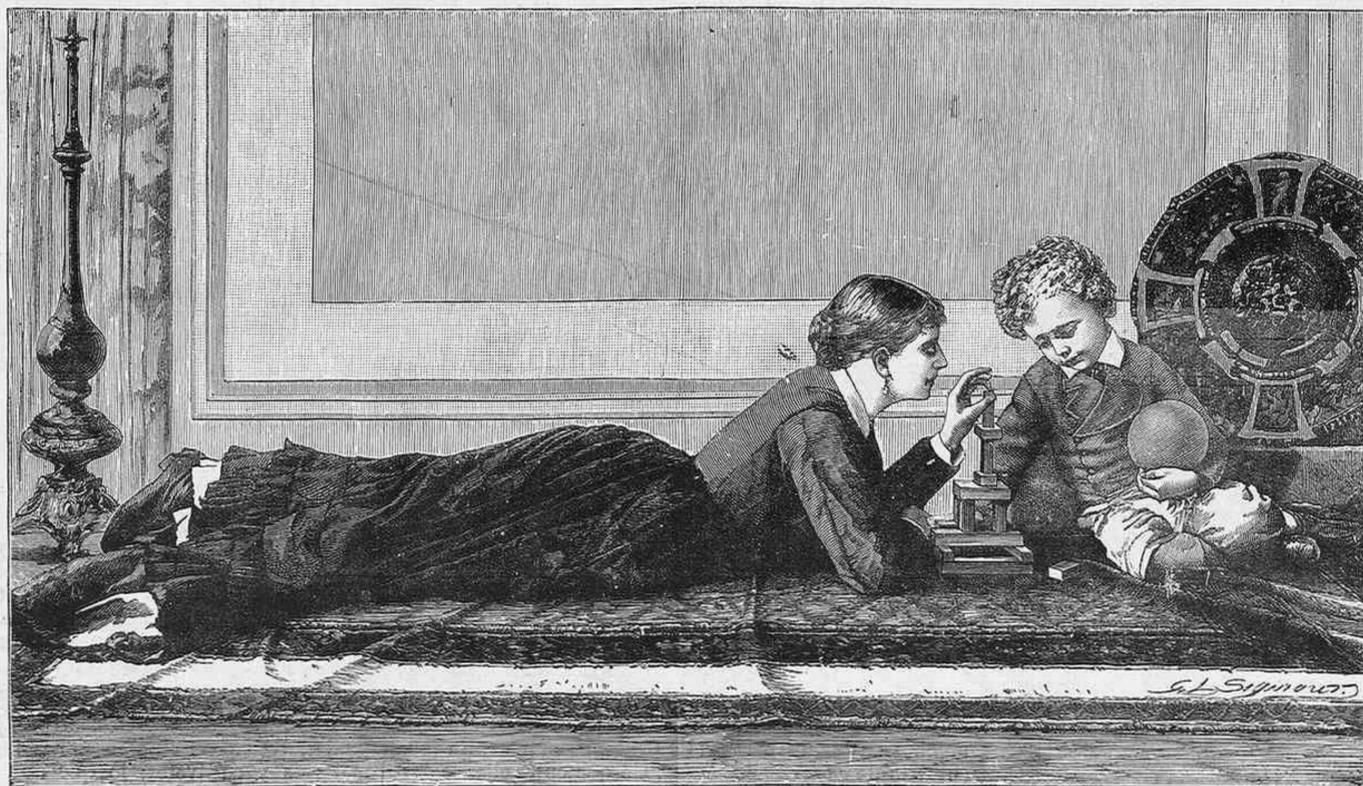
Al partir, cuando camina sobre una gran profundidad, presenta la forma lisa y de perfecta simetria que ya conocemos; mas, con el decrecimiento de la profundidad, se va acortando la base de la onda *solitaria* y aumentando su altura; su forma se hace cada vez más aguda, la cresta empieza á inclinarse ligeramente hácia adelante; y, en fin, cuando la profundidad del agua en el canal se aproxima á ser igual á la altura de la onda sobre el primitivo nivel del agua remansada, la cresta se rompe súbitamente, deshaciéndose de pronto en espuma, y desapareciendo la perfecta lisura de la forma que hasta entónces habia conservado.

La onda *solitaria* no puede, pues, propagarse sino sobre una profundidad de agua algo superior á su altura.

IX

Con estos antecedentes podemos ya explicar los pororocas.

Supongamos que la marea sea una serie de ondas *solitarias*, una gigantesca loma líquida.



ARQUITECTURA INFANTIL, dibujo por Seymour

Cuando sobre el estuario formado por las aguas fluviales en la desembocadura de un gran río, llega al primer alto relieve una gigantesca serie de ondas solitarias procedentes de alta mar, tiene este alto relieve líquido que disminuir necesariamente su velocidad, por ser ésta, función de la profundidad.

La gibosidad de esta primera onda se hará más aguda (acortando la base y aumentando la altura); lo cual viene á ser lo mismo que si se aumentara de pronto el fondo de la parte marítima del río. La segunda onda, encontrando ya más fondo, caminará con más rapidez; alcanzará naturalmente á la primera; la engrosará formando un todo con ella; será luego igualmente detenida la masa líquida, suma de las dos; su gibosidad común acortará de base y crecerá de altura, contribuyendo así á aumentar el fondo; la tercera onda alcanzará por tanto á las dos anteriores.... y así sucesivamente.

De este modo, pues, por la parte inferior de la loma marítima, lo somero de los fondos detiene el avance de las aguas oceánicas; pero, por la parte superior, continuando la velocidad de la marea, el agua se atropella sobre sí misma; y, cuando llega á formar un frente abrupto, escarpado, y como cortado á pico verticalmente, la monstruosa mole líquida se precipita sobre las aguas fluviales, como una furiosa *catarata semoviente*, con la fuerza de una avalancha irresistible, y con un estrépito espantoso que se oye á muchas millas de distancia.

Y, como si esto no fuera ya bastante, puede acrecentarse la intensidad del fenómeno si, mientras tanto, las *olas gregarias* de la superficie del mar, producidas por los vientos, conservando su individual velocidad alcanzan y hasta se adelantan al conjunto ó loma líquida de las *ondas solitarias*, engrosando así su destructor caudal. Elevándose de este modo más pronto y con más empuje la mole delantera ó de vanguardia, y detenida su parte inferior más poderosamente que en aguas más profundas lo habría sido, *la onda de traslación*—así exagerada,— invade dislocadamente las márgenes, cada vez más y más someras para tamaña elevación de las aguas de alta mar; la marcha de la loma se entorpece; las olas gregarias la alcanzan; la montaña líquida se irgue tremebunda; las siguientes olas de alta mar le saltan por encima; y, desde la tajada cresta de la retardada loma, caen estas aguas como desde lo alto de un ingente malecón, sobre las detenidas aguas del río, y cuanto encuentran al paso en su



MARCELA SEMBRICH  
distinguida prima donna del Gran Teatro del Liceo

carrera de muerte queda instantáneamente destruido y sepultado con vertiginosa rapidez.

## X

Cuando por el efecto de una disposición local peculiarísima llegan á encontrarse dos pororocas que siguen distintas direcciones en una misma masa de agua, entonces ellos se atraviesan y compenetran, continuando cada cual su marcha distinta é individual, cual si no se hubiesen atravesado.

Como decisiva comprobación de la influencia del fon-

do en los fenómenos del pororoca, se ha observado que nunca son más terribles sus estragos que en la época del estiaje.

El macareo del Sena es, pues, mucho más violento en el equinoccio de otoño que en el de primavera, porque por octubre el caudal del río es pobre, y por marzo se halla engrosado con las lluvias y avenidas de sus afluentes.

## XI

¡Cuántos habrán sido los hombres que en la larga serie de los siglos han estado contemplando las olas de la mar, para adivinar la causa que hace deshacerse en espuma ruidosísima tanto lujo de fuerzas iracundas al llegar á la humilde arena de las playas!

¡Cuántos hombres habrán dicho como Lucano: *Yo me resigno á la ignorancia que los dioses han querido imponer á los hombres!* Y, sin embargo, la clave del enigma estaba contenida en una bien sencilla fórmula.

Pero ¡para determinarla, se necesitaba un Newton! ¡Y para aplicarla un Russell! ¡Y para saber que tanto movimiento de las olas se convierte en elevación de la temperatura, se necesitaba la pléyade de hombres eminentes que han evidenciado la teoría mecánica del calor; Runford, Grove, Mayer, Joule...!

El fenómeno más frecuente en las orillas del mar,—la llegada de las olas y su fraccionamiento en espuma estrepitosa—es una serie incesante é infatigable de pequeños pororocas.

El *Pororoca del Amazonas* tiene que descender de su trono de horrores, para reducirse á la situación de un fenómeno vulgar.

Las olas de alta mar son *ondas gregarias ó de oscilacion*, consistentes en una mitad negativa á la cual sucede siempre su gemela positiva....

Pero, en cuanto el fondo disminuye, la parte negativa se acorta y se retarda, la positiva crece y se acelera, y el doble fenómeno continúa hasta que, irguiéndose la engrosada intumescencia hasta una altura de equilibrio inestable, rellena y colma la ya reducida cavidad, y el conjunto de las masas líquidas avanza sobre las riberas como *onda solitaria*, experimentando por insignificante que sea su masa, los efectos del *decrecimiento de la profundidad*. La parte inferior sufre un retardo en su marcha, la parte superior se levanta sobre la parte retardada: de ahí la elevación de la ola, lo abrupto de su frente, y, cuando la cresta avanza más que la base, su giro ó revolución sobre sí misma, con ó sin penacho de crinada es-



M. CLODOVEO HUGUES

puma; y, en fin, su dilatación y esparcimiento ascensional sobre la suave rampa de la arena.

## XII

Así, pues, aunque las olas en alta mar sean *ondas gre-*

*garias ó de oscilacion*, TODAS se convierten en *ondas solitarias* cuando llegan á la orilla, cuya extensión (á veces de muchos centenares y miles de metros) se encuentra toda cubierta de *ondas de traslación*, sin que entre ellas se descubran los grupos oscilantes de las *ondas gregarias*. Por esto el agua de las olas, clara en alta mar, se hace turbia

en las costas; y por eso las olas tempestuosas acarrear á las playas, arenas, guijarros, detritos, plantas marinas, esponjas, restos de embarcaciones naufragadas, conchas, mariscos y cadáveres; lo que no harían, á ser siempre *gregarias* y nunca de *traslación*.

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



MME. CLODOVEO HUGUES